

Igor ALBORNETT

RESUMEN

Las imágenes e ideas que se presentan aquí son el producto de una exploración fundamentalmente sensorial, estética y crítica sobre la ciudad de Caracas. En ellas exponemos una indagación esencialmente visual que transmuta en reflexión teórica por arte de la iteración exhaustiva y a veces redundante sobre la morfología, las vivencias, la historia y la prospectiva de eso que llamamos los barrios pobres de Caracas. A través de estas imágenes robadas al cielo caraqueño tratamos de construir un mapa viviente, como quien lee la palma de una mano que busca saber su futuro, para exponer una particular interpretación sobre la trayectoria, los conflictos, las influencias y por qué no, la posible evolución de estos segmentos del territorio de la ciudad. Con ello no pretendemos devenir en chamanes postulantes de recetas deterministas sobre esta realidad urbana, quizás la más resaltante de nuestras ciudades. Más bien es probable que algunas de las ideas aquí planteadas puedan ser virulentamente contestadas por ojos ajenos a esta mirada inusual, o hasta dejen traslucir un cierto aire baladí ante quienes se hallan sumergidos profunda y prolongadamente (¿quizás demasiado?) dentro de este objeto de escudriñamiento cognitivo de nuestra sociedad contemporánea. A esas posibles observaciones adelantamos una respuesta. No buscamos trascender más allá de los límites de estas páginas. Lo que con ellas pretendemos es más bien generar en el lector una leve reducción de la incertidumbre (por no decir impotencia) que producen estas imágenes al ser observadas con un mínimo de atención. Quizás en algunos casos sólo pretendemos ilustrar la miopía creciente en muchos actores de la ciudad sobre la dimensión, el estado, las implicaciones y lo complejo del tema.

FORMAS Y FUERZAS DEL BARRIO.

RADIOGRAFÍA AEROFOTOGRAFICA COMENTADA
DE LAS ESTRUCTURAS Y LAS DINÁMICAS URBANAS
DE ASENTAMIENTOS NO CONTROLADOS
DE LA CIUDAD DE CARACAS.

ABSTRACT

The ideas and images presented in this paper are the result of a sensory exploration, both aesthetic and critic on Caracas. They are the object of an essentially visual scrutiny which transmutes into a theoretical reflection by an exhaustive and sometimes redundant iteration on morphology, experiences, history and the prospective of what we call the barrios of Caracas. Through these images, stolen to the Caracas sky, we try to elaborate a living map, like the one you read from someone hand to guess in its future, to expose a particular interpretation of their trajectory, conflicts, influences and even the development trends of these urban segments of the city territory. By doing so, we do not pretend to turn into some kind of barrio shamans providing directive recipes to comprehend this urban reality, probably the most highlighted of our cities. It is quite possible that some of the ideas stressed out in this paper may be virulently contested by eyes unfamiliar to this unusual standpoint, or even suggest a certain lightness before the eyes of those who find themselves deeply and persistently submerged into this object of cognitive scrutiny of our contemporary society. To these possible observations we offer some answers. We do not seek to transcend the bounds of these pages. With them we just pretend to induce a slight reduction of the uncertainty (or impotence) that these images provoke after being observed with a bit of attentiveness. Maybe in some occasions, we just intend to bring a bit of intelligibility to the growing shortsightedness of some of the actors of the city stage regarding the magnitude, conditions, implications and the complexity of this matter.

Palabras clave

Dinámicas urbanas. Asntamientos no controlados. Aerofotografía. Caracas. Formas de barrio.

Key Words

Urban dynamics. Uncontrolled settlements. Aero photography. Caracas. Neighborhood forms.

Recibido: 15/10/2003

Aceptado: 10/12/2003

■ MARCO (IDEO)LÓGICO

Para construir un discurso sobre el significado de los barrios dentro de las dinámicas urbanas que lo enmarcan, partiendo de herramientas analíticas no tradicionales como lo son estas inusitadas imágenes, nos parece apropiado abordar la tarea desde una óptica que engrane tanto las manifestaciones físicas del barrio, sus formas, como los procesos que los rigen y orientan, sus fuerzas.

Dentro de las formas se congregan escalas de lecturas que abarcan desde el espacio singular de la habitación o de la platabanda, hasta el ámbito regional de las manchas metropolitanas. De ellas analizamos sus morfologías, estructuras, relaciones y patrones. Derivamos algunos términos clave de las imágenes (contraste, frontera, residuo, yuxtaposición, confrontación, desconexión, levitación, engranaje, anclaje, densidad, caos, orden, aislamiento, depredación) y a partir de ellos articulamos un discurso que englobe tanto análisis como percepción.

Las fuerzas por su lado, abarcan lo latente de los barrios y sus habitantes, sus proyectos humanos, sus reglas, sus significados, sus motores impulsores y sus mediaciones. En ellas localizamos las dimensiones sociales, económicas, éticas, estéticas y por supuesto políticas del barrio y de la ciudad. Este enfoque intenta generar planos de lectura simultáneos e interrelacionados tanto para lo topográfico de la ciudad como para lo topológico, para lo latente como para lo emergente, para lo visible como para lo invisible, en fin, una lectura compleja para un objeto definitivamente complejo.

La lectura gráfica se inicia con la identificación de conceptos de composición inconexos que nos transmiten las imágenes, los cuales devienen en léxico

base. A partir de estos se emprende la reflexión situando cada uno de ellos a lo largo de los dos ejes propuestos (fuerzas y formas) tratando de incorporar el tiempo como ordenador común para crear un plano continuo de lectura conceptual que da origen a los bloques temáticos que siguen.

En esta especie de mapa holográfico y viviente que tratamos de realizar existen y siempre existirán pedazos vacíos y difusos. Con ello queremos simplemente reconocer lo inasible de la naturaleza del enfoque en términos de lo exhaustivo y unívoco. Solo nos sirve para acercarnos mejor a la realidad de nuestros barrios y nuestras ciudades, no para dominarlos y aun menos para afirmar verdades determinantes sobre ellos.

■ DEL ORIGEN DE LAS FORMAS

La dimensión geográfica del barrio caraqueño parece principalmente marcada por un proceso que llamamos de trezado y macizado. Contrariamente al patrón de ocupación tradicional de la ciudad planificada en el que los principales factores que determinan la forma urbana son la trama vial planificada, la estructura parcelaria claramente delimitada y las formas de ocupación reglamentada de estas últimas, en el barrio la morfología resultante de su evolución se construye a partir de reglas un tanto diferentes. En el barrio la traba y el engrane parecen ser los mecanismos de acoplamiento del espacio construido y el natural, del público y el privado. Toda forma construida o remanente del espacio natural asociado al barrio tiende a delimitarse progresivamente en el tiempo en función de su relación con las otras estructuras en su proximidad inmediata. La localización, las formas y sus relaciones no poseen, ni la estabilidad, ni la claridad que fundan nuestro entendimiento del hecho urbano formal. Estas relaciones se hacen más evidentes entre formas construidas, en las que cada límite, cada abertura y cada acceso se va construyendo y modificando en función de su relación con

los límites, los accesos y las aberturas de su contexto más cercano. Esta naturaleza inestable y cambiante de sus mecanismos de formación hacen del barrio un patrón de asentamiento urbano de difícil predicción espacial.

Imaginemos el barrio como una especie de tejido trenzado, en el que la posición de cada hebra se establece por su relación con las que la mantienen en sitio, y estas a la vez se muestran ante nuestros ojos como un todo indisoluble pero dinámico, elástico y adaptable. Así, las viviendas del barrio, principales actores de este tejido, se van entrelazando en el espacio natural tratando de dar respuesta a sus necesidades endógenas (acceso, aire, luz), pero indefectiblemente determinadas por las interrelaciones que se van tejendo entre ellas. Es a partir de este proceso de emergencia constructiva que se va configurando redes de espacios públicos y semi-públicos del barrio, redes compuestas por escaleras, pasajes y calles, de carácter aparentemente residual, que se desparraman sobre la playa de la ciudad planificada conectando sus extremos a la trama circulatoria de la ciudad. Este principio de auto-ordenación, a diferencia del de ordenación urbana formal, no tiene una imagen final-objetivo a la que se aspira desde sus inicios, sino imágenes transitorias, producto del estado de las relaciones de sus componentes en determinados momentos. A continuación revisaremos algunas de los momentos que hemos podido identificar en ellos.

El nacimiento del barrio es un momento y un proceso que podríamos arriesgarnos a categorizar como esencialmente colonizador y no urbanizador. Según los diccionarios urbanizar supone adecuar, dotar, planificar, prever. Colonizar indica por su lado, formar colonia en un país o ciudad, fijar la morada en un terreno, ocupar. Si bien ambas definiciones se refieren a acciones de localización de actividades en ámbitos territoriales, la acción urbanizadora nace de un deseo prospectivo que se somete a la rigurosidad de

la proyección y la previsión como ejes de acción. La acción colonizadora por su lado, parte de un deseo similar, pero parece liberarse de restricciones proyectivas al centrar su esfuerzo colectivo en el acto fundacional, el acto de posesión, demarcación y defensa del dominio. Así el barrio se inicia frente a un hito geográfico alrededor del cual se unen un grupo de personas, a veces literalmente colonias de regiones o países, y proclaman mediante su primera acción constructiva, el nacimiento, y la consecuente demarcación, de un barrio. Como la semilla de una planta bien abonada, el punto fundacional se erigen en nodo ordenador del proceso de crecimiento del tejido del barrio.

En este proceso colonizador, el barrio tiende a generar dos grandes frentes contrapuestos a lo largo de su eje de ocupación temporal. Por un lado está el frente urbano, duro y abrupto, que irrumpe ante la mirada de todos como diciéndonos aquí estoy, aquí empiezo, reclamando su territorio en nombre del derecho a la ciudad, retando a la sociedad con un grito de esperanza y de demanda. Es el frente barrera para el extraño, el frente portal para quien lo habita, la línea de la UPF para quien lo estudia.

El otro frente es el de su encuentro con lo virginal y natural del espacio libre, el lado difuso y sinuoso que va comiendo lentamente ese paisaje límpido del cerro virgen y de la quebrada de matorrales, actuando como espacio-tiempo de aclimatación territorial del campesino recién llegado en autobús y subido al cerro, cómo promesa de hogar de la adolescente pareja con barriga, como oasis del infierno de concreto, ruido y asfixia que suele vehicular la ciudad. La delimitación exacta de este frente es más difícil, su dinámica es mayor y su forma es definitivamente inestable. Entre estos dos frentes, que como en la teoría del inicio del universo, al principio no son sino uno mismo, comienza a crearse un racimo de espacios elásticos que van moldeando la personalidad de cada barrio. Estos rasgos fisonómicos particulares de cada barrio se van

esculpiendo mediante la interacción de tres principios esenciales, que como las herramientas del escultor, dan cada uno una particular forma y textura a las partes del todo:

En primer lugar los ya mencionados mecanismos de ordenación, la traba y el engranaje, que orientan, posicionan y encajan cada pieza del tejido. Sobre ello no ahondaremos mayormente. En segundo lugar están los mandatos de las leyes de la naturaleza, entiéndase, la gravedad, la mecánica de suelos, la dinámica de los fluidos y las propiedades de los materiales constructivos. Estos mandatos físicos son los parámetros tangibles esenciales que junto a sus lógicas de acoplamiento demarcan los límites de la acción constructiva del barrio. La falta a estas normas suele significar grandes pérdidas colectivas y en repetidas veces de vidas inocentes. No existe ordenanza ni plan más estricto o severo que este, tampoco uno más primario e ingenuo.

Por último se encuentra la topología de conexión con la ciudad planificada, la fuente de recursos esenciales a la supervivencia del barrio. Este principio indica que más allá de responder simplemente a su sustentación física y a su lógica de ordenación interna, el barrio debe ser capaz de garantizar los flujos de intercambio entre él y el resto de la ciudad. Para ello el barrio construye redes a través de las cuales fluyen personas, energía, desechos, insumos, etc. Los flujos van desde la simple escalera de interminable e imposible desarrollo, hasta la improvisada red de distribución de electricidad. Aquí son la organicidad, la eficacia y la economía de escala y de esfuerzo las que rigen su configuración.

Regido bajo estos tres principios, comienza un proceso de figuración urbana dialéctica entre el yo y el nosotros, entre el rancho y la calle, entre la puerta y la escalera, entre la cabilla y el cable, entre los niños y los viejos. Comienza así el entramado complejo y cambiante del barrio caraqueño.

■ DE LA MUTACIÓN DE LAS FORMAS

Este proceso de ocupación, apropiación y modelación que ocurre desde el barrio comienza a transmutar lentamente bajo las presiones del crecimiento endógeno tanto de sus pobladores como de los del resto de la ciudad. El barrio sigue creciendo hacia sus bordes, quizás con menor avidez al pasar el tiempo y reconocerse su existencia, pero adicionalmente se comienza a intensificar un crecimiento interno, generando un nuevo patrón de ocupación implosiva que se extiende desde el adentro individual hacia el afuera colectivo, un proceso que comienza a cubrir intersticios, residuos, márgenes y límites de sustentabilidad, a la conquista de cada metro cúbico habitable. Se comienza a observar aquí la semilla del futuro macizado extremo que alcanzará eventualmente.

En este comportamiento del barrio se nos presenta una primera coincidencia de las formas de desarrollo del barrio con las formas de desarrollo de la ciudad planificada, una coincidencia esencialmente cultural, la de la extensión arbitraria, ensimismada y sobre todo egoísta del espacio privado ante el bien común. La quinta, la casita, el apartamento y el rancho comparten todos esa "opción válida" de extenderse más allá de sus límites fundacionales, proyectuales o legales, y lo hacen mediante una progresiva y sostenida canibalización del espacio abierto, sea este de tenencia pública o privada. Solo la fuerza de la comunidad, expresada en asociaciones libres u oficiales, en poderes públicos o privados, podrá luego contraponerse, a veces con éxito y generalmente a la fuerza ante esta perversa tendencia. Este fenómeno nos expresa claramente el desbalance o la tensión que existe entre valor social del espacio abierto y libre, frente al valor transaccional del espacio cerrado y techado. Pero sigamos estudiando las formas antes de profundizar sobre las fuerzas y sus ejes de tensión.

Este patrón de ocupación implosivo del barrio asume un método casi exhaustivo de exploración constructiva, un patrón cuyos límites tecnológicos y funcionales son constantemente rebasados y replanteados osadamente, alimentados por el ingenio y la necesidad extrema. El barrio comienza a extenderse, más que arrebatando espacio a la celosa ciudad o a la débil naturaleza, iniciando una acelerada división celular que se deriva de la fertilización fundadora, un proceso que convierte una estructura de zinc en una de bloques, luego en una de concreto armado, luego en dos niveles, luego en tres, luego en edificio y luego en algo para lo cual todavía no tenemos etiqueta para clasificar por su constructiva y funcional complejidad. La mutación de las formas construidas del barrio comienza a dar origen a nuevas tipologías de tejido construido, donde estructura e infraestructura derivan en superestructuras comunales, donde la densificación conlleva reorganización sin sustitución o destrucción. En resumen, es un proceso extremadamente rico desde el punto de vista tipomorfológico que es digno de más líneas que las permitidas en este capítulo, por ello solo dejaremos que las imágenes intenten hablar de él.

Gracias a este proceso de multiplicación implosiva el grano edificatorio comienza a desdibujarse, a perder importancia dentro de la lectura de la estructura urbana, dando paso al surgimiento de una masa continua y compleja, poderosa y pesada, que asume un protagonismo tajante en el paisaje urbano y un peso específico determinante en la lectura global de la ciudad. Así el barrio comienza a tomar una nueva escala, se resectoriza a sí mismo, se autorregula, se ajusta a su nueva naturaleza, se despoja de su timidez y se proclama límite e icono de la ciudad, burlándose de poligonales urbanas, planes reguladores y grandes obras de arquitectura urbana. El cerro deviene en la unidad de lectura urbana del barrio, aunque en él se agrupan infinidad de barrios, es la imagen mental a partir de la cual se comienza a interrogar la ciudad sobre ella misma.

■ DEL DESTINO DE LAS FORMAS.

Hipótesis prospectiva

Las fuerzas que generan el entramado y macizado que rigen al barrio parecen empujarlo indefectiblemente hacia un proceso de conquista y dominación de la estructura urbana que lo sustenta, dando lentos pasos, pero firmes e inconscientes, hacia su propia autodestrucción.

Cómo ya lo señalamos, el barrio no es un tejido de naturaleza estable, aún en los mejores escenarios de intervención planificada, pública o privada, su dinámica cotidiana lo empuja a trascender respuestas preconcebidas y a innovar e improvisar constantemente frente al duro entorno. El barrio avanza, el barrio no se estanca en el tiempo. Aun con tasas de crecimiento poblacional bajas y severas depresiones económicas, nuestros barrios no han hecho sino aumentar su extensión y densificar su área construida. Este fenómeno tiene algunas explicaciones globales que trascienden a la ciudad y su condición particular. Su origen se conecta con fenómenos como el de la globalización y sus efectos en los mercados inmobiliarios emergentes, la urbanización de la pobreza y la marginalización de las políticas públicas de vivienda entre otros. Pero la esencia de este comportamiento, el motor del desarrollo de su masa y de su lenta progresión, está principalmente ligado a la manera en que el barrio se va fundiendo con la ciudad planificada. Como la reacción química visible entre fluidos que se mezclan en un laboratorio, nuestra ciudad se ha convertido en un crisol de experimentación del proceso de confrontación de variados patrones de figuración urbana, proceso en el que el barrio parece llevar la delantera sobre el resto de sus competidores. Analicemos su proceder para entender su posible destino.

El barrio caraqueño emprendió, desde sus inicios, un patrón de extensión que implicaba un progresivo engullimiento de fragmentos territoriales que la ciudad

planificada había previsto dejar a sus márgenes de ocupación o desarrollo. Reclamándolos como suyos, el barrio procede a apropiarse de algunas de las grandes piezas urbanas de arquitectura o de infraestructura que obedecían a modelos de ocupación territorial menos exhaustivos que el de los barrios, la ciudad moderna. La cada vez más imponente masa invade así a la ciudad planificada por sus frentes más débiles, las canteras, las represas, las industrias, los puentes, los parques, las reservas viales, los ríos.

En procesos de franca recesión económica y social, la ciudad literalmente cede su territorio de manera acelerada, desmembrando sus estructuras monumentales y entregando sus vírgenes reservas de aire ante una fuerza superior, la de la necesidad imperiosa de cobijo e identidad, una necesidad que va sigilosamente horadando el modelo moderno que una vez quiso encarnar la urbe venezolana.

Así, los restos de esa ciudad nos aparecen a la deriva dentro de lo que comienza a ser un mar plateado y rojo que silenciosamente va extendiéndose hacia el horizonte urbano. Aquí la figura y el fondo comienzan a ser intercambiables como en aquellas imágenes abstractas de psicólogos antiguos, no sabemos si la ciudad deriva en el barrio o el barrio deriva por la ciudad. En realidad no importa quien sirve de fondo a quien, lo que importa realmente es hacia donde se dirigen ambos, porque independientemente de sus dominios, ambos son parte de un mismo y único sistema urbano, son parte de un mismo y único destino.

Antes de hablar de ese posible destino, es preciso asentar algunas precisiones sobre como van transformándose los barrios en ese proceso derivante, y como afecta esto al resto de la ciudad.

Al madurar el barrio comienza a ser más exigente con él mismo, su propio crecimiento tanto espacial como en relevancia dentro de la agenda urbana lo hacen comenzar a reaccionar ante su propia deriva. El universal "derecho a la ciudad" expresado en el surgimiento del barrio se transmuta luego, al consolidarse y densificarse, en el derecho a los beneficios de la ciudad. Surgen las demandas de servicios y equipamientos formales expresados en la conveniente cancha de básquet, en la preciada calle asfaltada, la esencial escuela, el inevitable ambulatorio. Esta evolución comienza a producir cambios casi homeopáticos en la estructura del barrio. No son visualmente perceptibles desde la escala de la masa, pero en su estructura comienza a abrirse paso lo público como vehículo de identidad común y de reclamo. Luego vendrán las operaciones alopáticas siempre necesarias, el colector mayor, la red de aguas blancas, las afectaciones por inestabilidad de suelos, etc. La ciudad formal comienza a invadir al barrio, en una especie de revancha urbana, utilizando su repertorio de componentes técnicos y espaciales, como queriendo decirle, tu puedes ser como yo. Pero no es así de simple, como veremos más adelante, ciertas fuerzas tienden a determinar las formas necesarias, a veces no deseadas.

Como primera avanzada de esta campaña de rescate de las derivantes zonas de barrios, se planifican las operaciones formales de intervención pública a gran escala sobre este tejido. Operaciones que parten de la elemental y vital premisa, de reconocer su existencia y su relevancia para la planificación urbana. Se comienza por intentar definir unidades de interlocución teórica que delimitaran la imponente masa. Se intenta desarrollar un lenguaje de interlocución espacial combinando factores de interpretación tales como su funcionalidad interna, su identidad cultural y sus perfiles poblacionales. Así se comenzó a dar un proceso de reconocimiento de un territorio inexplorado, no por su novel existencia,

sino por el interés que los planificadores y los operadores del espacio urbano habían prestado a su reconocimiento. Al devenir en segmentos esenciales del comportamiento de la ciudad, es decir al dejar de ser concebidos como marginales, los sectores de barrios dieron origen a eso que despectivamente algunos llaman *barriología*, un campo de planificación, investigación y acción, nacido de la necesidad más que de la voluntad.

Sin embargo, el trazar líneas delimitantes producto de un modelo de interlocución del espacio típico de la ciudad formal, no parece acoplarse del todo bien con la ontología del barrio. Como veremos mas adelante las fuerzas del barrio hacen de su entendimiento un hecho que trasciende el dominio o control de sus aspectos funcionales, demográficos y culturales. Por ende, toda interlocución que frente a él elaboremos debe partir de un reconocimiento más específico, y quizás más complejo, que el de las tradicionales herramientas del urbanismo formal.

Después de intentar entender y planificar para ellos, se hizo evidente la necesidad de formalizar esas previsiones en términos de obras. Nada más complejo. El barrio ha sido históricamente un fenómeno de constante privatización del espacio público por necesidad y por identidad, no por opción. La relación de dominio entre espacio público y privado que en la ciudad planificada gira entorno a las líneas de propiedad y afectación del suelo, cambia radicalmente en el barrio al tender a delimitarse lo público como una extensión de lo privado, y lo privado una instancia de lo público. El barrio se construye ante todo como proyecto colectivo (público) que trasciende la mera solución habitacional (individual) o funcional. Construyendo su barrio, sus habitantes intentan construir su propia identidad, que es fin un proyecto de ciudad, y también de sociedad. La esencia de esta construcción y su imbricación cultural tiende a dificultar la

inserción de patrones ajenos a su naturaleza, sean estos de naturaleza abstracta o netamente constructivos. Por esta razón, al formularse la necesidad de intervenir de manera planificada sobre el barrio, y en especial sobre sus crónicas carencias de servicios y equipamientos, se está planteando una transformación substancial del espacio y sus relaciones, y ella no puede seguir los patrones tradicionales de la ciudad planificada.

De esta condición surgen las nuevas tipologías constructivas híbridas que han comenzado a insertarse en el tejido barrial. Piezas como el colector-plaza, la escalera-tubería, la casa-cancha y la vereda-reserva son producto de un intento de acople entre la masa y sus fuerzas frente a la ciudad y sus modelos. De este encuentro parecen haber surgido un torrente de perspectivas innovadoras sobre el lenguaje arquitectónico y el repertorio urbano que el barrio puede acoger. Sin embargo este es un terreno donde todavía está demasiado fresco el friso como para adelantar conclusiones sobre su efectividad, su pertinencia, su aceptación y su aplicación a escala de toda la masa.

Las únicas intervenciones publicas que parecen haber logrado ser aplicadas de manera sostenida en el tiempo y en gran escala, aunque erráticamente y a regañadientes por el lado de sus pobladores, son aquellas que solo intentan refrescar la faz del barrio, sin afectar ni sus estructuras, ni sus componentes, ni sus redes, limitándose a pintar, frisar, barrer y lavar la cara de tan maltratados sectores de la ciudad. Producto de genuinas preocupaciones o de ocultos intereses políticos, este tipo de intervención no hace sino dejar al descubierto lo poco y lo mal que nuestra sociedad entiende esta situación. Lo más terrible es que estas operaciones, lejos de ayudar, tienden a generar indirectamente una aceleración del ritmo de densificación del barrio, pues al recalificar la aparente calidad ambiental del

barrio, la presión inmobiliaria del sector aumenta, y dadas las características del mercado de inmuebles de estos sectores, más que crecer, el barrio tiende a densificarse y por ende, a agudizar sus problemas estructurales. De esta manera nuestros barrios siguen siendo empujados interna y externamente en su lenta pero sostenida deriva a través de la ciudad.

Una deriva que, sin que nos hayamos percatado, ha comenzado a causar daños estructurales profundos en la ciudad y en su capacidad de supervivencia.

■ LA DISRUPCIÓN DE LAS FORMAS Y LA DISCONTINUIDAD DE FLUJOS.

Una vez percibida la dinámica formal y la naturaleza de las estructuras de esta masa urbana podríamos intentar analizar su interrelación con el resto del sistema urbano que lo sustenta, la ciudad planificada. Como mencionamos anteriormente, los bordes de barrio frente a la ciudad planificada tienden a erigirse como límites duros, portales o fronteras dependiendo del observador. Esta dureza lleva a la ciudad planificada a responder, quizás con ánimo escapista, dándole la espalda al barrio, intentando ignorarlo, restringirlo, sofocarlo por negación. En este gesto, el barrio, de mayor dinamismo que la ciudad planificada, aprovecha el voluntario descuido, e invade residuos y reservas espaciales que la ciudad ha dejado olvidada en sus faldas, haciéndose camino, lenta y decididamente, a través de espacios que inicialmente parecían insignificantes, casi sacrificables. Así, los puentes, las reservas viales, los corredores de alta tensión, los barrancos y las reservas vegetales van sucumbiendo ante el crecimiento de la masa de barrios. Este importante crecimiento no pareciera importarle a la ciudad planificada, la cual

simplemente parece responder intentando desarrollarse cada vez más lejos, cada vez más segregada, cada vez más disímil. Aquí comienza a desarrollarse el drama metropolitano.

El lado terrible de este proceso es el efecto que se va orquestando a mediano plazo sobre la totalidad de la ciudad, la planificada y la derivante, un efecto que llamaremos esclerosante. Al consumir de manera irracional sus aliviaderos, reservas de sustentación ambiental y sus canales de alimentación e irrigación de servicios, la ciudad va limitando exponencialmente sus posibilidades de crecimiento, ordenamiento y supervivencia. La ciudad planificada que es la razón de ser de los barrios puesto que es a partir de ella que se organizan servicios de infraestructura, actividades económicas y la distribución de bienes, ha comenzado a perder capacidad de controlar y reaccionar ante el resquebrajamiento de su forma y se comienza a ver atrapada en su propia inconciencia evolutiva.

La ciudad pierde capacidad para reordenar sus vías, mantener sus infraestructuras, sanear su ambiente, ofrecer oportunidades inmobiliarias, sostener a su población. La opción de desarrollo escogida, voluntaria o involuntariamente, la termina haciendo no sustentable, inviable y obviamente ingobernable. La disrupción de sus formas y la discontinuidad de flujos que ello conlleva apunta hacia un futuro sombrío para la totalidad de la masa, tanto planificada como derivante.

En Caracas, ciudad cuya morfología parece extremadamente debilitada ante la severidad de las disrupciones creadas por la deriva de nuestros barrios, los efectos de esta opción de desarrollo son evidentes y cuantificables. La constante incapacidad para generar oferta habitacional,

las crónicas deficiencias de la infraestructura de aguas, la paralización del desarrollo de los sistemas de vialidad expresa, los crecientes problemas ambientales, las insalvables discontinuidades de accesibilidad peatonal, el caótico sistema de transporte público y la pírrica existencia de espacios públicos pueden ser citados como algunos indicadores de este proceso esclerosante. La sostenida deriva de nuestros barrios caraqueños durante todo el siglo pasado ha contribuido significativamente en la generación de un medio urbano tremendamente frágil desde múltiples puntos de vista. Las imágenes que aquí vemos delatan muchas de sus flaquezas estructurales, y a través de ellas es posible extrapolar en el tiempo y en el espacio la tendencia esclerosante de este patrón de desarrollo urbano francamente suicida.

Redimensionar el problema de la deriva urbana que sufren nuestros barrios a la escala de sus reales repercusiones sobre la ciudad es un primer aspecto que se desprende de este análisis. Debemos cuidar que estos esfuerzos no se orienten a disertar sobre los aspectos formales de las instancias de materialización de esta deriva (la forma de los barrios) sino sobre la interacción de sus procesos y sus formas con los del resto de la ciudad. Lo contrario sería equivalente a reproducir el mismo patrón de abordaje metodológico del siglo pasado, solo que con un cambio de escala.

Para ello se hace necesario abordar el problema en términos metropolitanos, no simplemente por su escala geográfica, sino por su incidencia sobre la totalidad de las masas y las fuerzas que componen a la ciudad y su región. Esto no implica en ninguna forma abandonar la reflexión sobre el barrio como unidad de interlocución, por el contrario, quizás significa abrir más el espectro del análisis para comenzar a incluir

herramientas de trabajo que además de sus formas, nos permitan actuar sobre y con sus fuerzas. A continuación exponemos algunas ideas sobre esta olvidada dimensión del sistema urbano.

■ DE LAS FUERZAS

El barrio es muchas veces referido como un hecho típicamente vernacular dado que se nutre constantemente de la inagotable creatividad popular latina y del multifacético imaginario colectivo venezolano. Esta visión un tanto simplista, elude el hecho de que este tejido forma parte integral de una realidad mayor, la de la ciudad formal que lo contiene y sustenta, y que esta, para mal o para bien, se entrelaza con él más allá de lo físico, en un proceso de interacción tecnológica, social y económica que marca profundamente su evolución y su carácter. A lo interno, el barrio es un eje que concentra y potencia las fuerzas sociales, políticas, culturales y económicas que lo engranan a la ciudad. Es un torbellino que absorbe, procesa y arroja continuamente maneras de vivir, formas de interlocución del mundo, es un ancla ante la deriva indigente, y al mismo tiempo, una rasante para la proyección de un deseado futuro mejor. De allí su perenne contingencia, su inestable composición humana y su enorme diversidad. La potencia que irradia de sus imágenes es un signo de esta capacidad de empuje y también, lo queramos o no, de su poder destructor.

Aunque no parezca evidente a simple vista, muchas de las fuerzas que impulsan el crecimiento de estos tejidos urbanos son análogas a las fuerzas tradicionales del desarrollo urbano que impulsan al resto de la ciudad, entendiéndose, las fuerzas económicas, políticas, sociales, tecnológicas y culturales que mueven la ciudad. Lo que hace particular su materialización, su organización social, la estética y la valoración interna y externa que se genera a partir de estos tejidos, es que no son sólo el resultado de estas

fuerzas tradicionales, sino también de otras que las complementan, reorientan y alteran.

Por ahora nos concentraremos en analizar aquellas fuerzas que lo distinguen del resto de la ciudad, no por creer que sean ellas más determinantes en su conformación y funcionamiento, sino simplemente porque han sido las menos exploradas desde una perspectiva urbana.

■ DE LA CONSTANTE FUERZA GENERADORA

Nutriendo a todas las fuerzas que la ciudad pensada y la ciudad parida comparten, y marcada por la precaria sustentación económica de los habitantes del barrio, está la más elemental de todas las fuerzas que empujan al ser humano, el instinto de supervivencia. Sobrevivir en nuestras ciudades, más allá de lograr ingerir las mínimas calorías necesarias para tenerse en pie, significa ante todo lograr la procura de protección ante la terrible adversidad del entorno (social, económico y cultural) que la ciudad de Caracas encarna.

Esta adversidad se expresa claramente en la extrema violencia (social e individual) que sufre quien no puede acceder a la demarcación de su "espacio personal" y en la inhumana indigencia social con la que nuestra sociedad arropa a quien no puede proveerse a sí mismo de ese minimalista concepto que llamamos "un techo".

La supervivencia, como fuerza madre de toda especie, dicta cursos y acciones que trascienden los límites de la abyecta racionalidad que sustenta los valores de la vida ciudadana moderna. En su más simple expresión, la individual, nos obliga al alcance de sus objetivos sin medir consecuencias, implicaciones o efectos. Primero sobrevivo, luego existo será la máxima del Caraqueño de

principios del siglo XXI. El embrión de la imagen de barrio que se percibe en la cama-casa de cartón que se adosa al puente, en la sabana tendida sobre el arbusto al lado del río, en la ventana rota del comercio abandonado, son una directa expresión formal de esta fuerza primigenia. Con ellas no se busca invadir, destrozar, ensuciar o cambiar a la ciudad, eso son sólo consecuencias. Sólo se busca sobrevivir un día más, ese es el horizonte de planeamiento primordial de esta acción en nuestras latitudes. Planificar acciones que planteen ir más allá de ese horizonte diario parecería simplemente superfluo en un medio en que todos los días terminan pareciéndose, gotas más, gotas menos. Extrema paradoja esta de un entorno natural tremendamente benévolo y pasivo que arroja un entorno social y construido tremendamente cruel y agresivo. Esta bizarra mezcla de entornos contradictorios y fuerzas primarias es una constante chispa que produce en nuestra ciudad situaciones explosivas, donde el barrio termina siendo válvula de escape.

De la supervivencia en nuestras latitudes nace la temporalidad, expresión de constante cambio y permanente provisionalidad del ser urbano. Más adelante veremos como se articulan algunas de estas fuerzas. Volvamos al gesto primario de la supervivencia individual.

Frente al simple gesto de supervivencia y su temporalidad, la ciudad formal desata su repertorio de fuerzas aparentemente racionales, el orden, la continuidad, las buenas costumbres, el progreso. Aunque todas ellas tratan de frenar o eliminar los efectos de las fuerzas de la supervivencia, ninguna de estas está directamente orientada a actuar sobre ellas y sus causas. Por ello sólo logran disipar, disolver, difuminar su presencia dentro de la estructura urbana planificada. Sin darse cuenta, al intentar expulsar sistemáticamente de sus dominios todo intento por lograr sobrevivir sin

horizonte seguro, y al mismo tiempo no ser capaz de proveer medios para superar ese estado, la ciudad comenzó a ser la principal fuerza promotora de la creación de barrios de ranchos, no sólo en sus márgenes, sino en sus recónditos intersticios donde esta tenía menor capacidad o menor preocupación por prever su surgimiento.

En ese choque entre racionalidad urbana y supervivencia temporal se sitúa el primer conflicto no resuelto de nuestra ciudad. Atender los orígenes de las fuerzas que empujan a la creación de los barrios es una estrategia esencial para controlar la deriva de los barrios, aunque esto no signifique acción física alguna sobre sus actuales pobladores o sus estructuras.

■ DEL MAGNETISMO Y LA COMBINATORIA

Por miedo a esta terrible indigencia urbana, el sobrevivir se torna, por arte de escalas poblacionales, en una fuerza aglutinadora que transmuta en cohesión grupal. Como en los caseríos perdidos en la inmensa naturaleza que atraviesa una carretera rural, la supervivencia urbana invita a congregarse, a compartir y a distribuir los esfuerzos, los recursos y los lugares de vivencia del potencial riesgo o de la ya sufrida indigencia social urbana.

Así el barrio nace mediante la improvisada optimización colectiva de los pocos recursos que pueden acumular familias, amigos y compañeros de penuria. Con unos tablonés, unas laminas de zinc y unos topos se manifiestan de manera fundacional los primeros vínculos sociales del barrio, la cohesión de la necesidad, lo intrépido de lo indispensable, la combinación de la esperanza. Como un magneto social, el barrio encarna en sus inicios el puro espíritu de resistencia ante la adversidad social que representa la ciudad planificada. Resistencia civil sí, pacífica casi nunca. El eje humano de esta inmensa fuerza está sustentado en la joven mujer madre de muchas y

dueña de poco. Su figura resalta por sobre el resto a la hora de enfrentar a la impotente policía o la descuidada Guardia Nacional que intenta repetir el acto de desalojo del indigente de calle, esta vez a escala grupal. En ella se dibujan los únicos derechos universales que conoce nuestra sociedad. Su fuerza permanecerá a todo lo largo de la vida del barrio complementándose con otras que surgen en la medida en que se hace más compleja su trama social.

En otros tiempos esta fuerza propulsora permanecía estimulando a sus constituyentes en la búsqueda de condiciones de vida más decente, y cuando la ecuación social permitía eso que eufemísticamente llamamos movilidad social, se lograban producir saltos de paradigmas en donde el sobrevivir transmutaba en vivir, y ello se materializaba en el florecer de urbanizaciones populares, proyectos privados de interés social y ciudades satélites. Pero la ecuación no siempre funcionó, y cuando lo hacía era tremendamente deficiente y selectiva, creando así un espejismo de posible prosperidad equiparable al de una lotería, donde la apuesta no era dinero sino la vida.

Así el barrio creció como una opción doblemente ganadora, un salvavidas frente a la deriva y una escalera para subirse al crucero de la felicidad. Dramáticamente para la mayoría, no resultó ser ninguno de los dos, sino un simple espejismo en el tiempo. Antes que sucumbir ante la desesperanza y la degradación, el barrio respondió haciendo surgir nuevas fuerzas motivadoras y afirmativas.

■ IDENTIDAD Y LUGAR

La idea de ciudades dentro de ciudades no se limita a formas de apropiación y de construcción del espacio habitable, también se concretan en los modos de vivir ese espacio construido, en las organizaciones sociales que se nutren de ese espacio, en las formas de vestir, de convivir y de morir que lo acompañan.

Es por ello que el barrio, lejos de vehicular un valor absoluto negativo de ciudad, se convierte, por relativización del sujeto, en un lugar de afirmación cultural, de exaltación de valores alternos al del ciudadano de la otra ciudad, valores barriales.

Aunque a los ojos del ciudadano extraño al barrio, la diversidad, el contraste y la yuxtaposición de tramas sociales, espaciales y funcionales pueden parecer una realidad caótica y alienante, para el ciudadano del barrio la existencia simultánea de diferentes lecturas de lo espacial, lo social, y lo económico se ha convertido en su manera natural de generar un orden propio que le asegura el dominio y control de su medio ambiente urbano. Esta complejidad de sistemas de interlocución se transfiguran en mecanismos de evolución y defensa, los cuales muchas veces chocan frontalmente con los del progreso y el ascenso social, que son promovidos por el resto de la sociedad de la que forman parte. Este dilema en el que progresar puede llegar a significar una renuncia a esa identidad tan laboriosamente construida por generaciones, y por lo tanto un salto al vacío cultural, social y económico, es lo que sirve de sustrato paradigmático al debate de las estrategias de intervención pública y privada en estas comunidades.

La puerta, el ascenso, el descenso, el camino, el borde y la barrera se convierten en elementos formales y estructurales que marcan, más que el espacio, la cultura y los dominios de esta. La topografía de la ciudad no expresa más la topología que le da lugar. La ciudad dual no surge como tal por mandato de sus formas, sino por la combinatoria de ellas con sus fuerzas. El aparente caos y la azarosa organización son solo producto de una lectura parcial de la ciudad. No todos los ordenes presentes en la ciudad son formales, y los que lo son, no siempre se expresan de manera lineal y determinados. La complejidad en la lectura de los barrios es un

indispensable paso a cubrir para poder entender a la disímil ciudad que lo enmarca. Sin ello lo más probable es que sigamos viendo estas imágenes con un ojo asustadizo, asombrado e impotente, no por la magnitud del hecho que revelan, sino por la incapacidad que sentimos para entender, abordar y transformar la realidad que desnudan tan abiertamente.

DE LAS FUERZAS NECESARIAS Y DE LAS FORMAS QUERIDAS.

Dicen que una imagen vale mil palabras. En nuestro caso, quizás el dicho sea válido si quien observe la imagen logra trascender los límites de lo aparente para revelar el sentido de lo que ocurre en ella. Es por ello que estas palabras no intentan sustituir lo que dicen las imágenes que acompañan. Lo que intentan es empujar al lector a trascender lo visible de ellas y aventurarse a descubrir lo intrínseco de su mensaje. Intentamos abonar el terreno para descubrir fuerzas que nos empujen y nos sirvan para abordar la deriva de la ciudad que habitamos, tratando de entender las fuerzas que la han traído hasta aquí. Tratamos de darnos fuerza ante lo complejo de la tarea de entender esas fuerzas. Tratamos de forzar los límites que nos hemos impuestos para actuar sobre la ciudad, porque la fuerza de los eventos es avasalladora .

Pero paralelamente intentamos construir una hipótesis descriptiva de las formas del barrio, productos e insumos de estas fuerzas, porque de ello derivarán eventualmente mejores formas de intervención. Así como el ebanista entiende las diferentes maderas, explota sus cualidades, cubre sus debilidades y diseña sus maneras de acoplamiento, el operador urbano debe entender las propiedades del tejido barrial, más allá de lo que supone o extrapola de otro tipo de tejidos. La comprensión de las

formas nos puede llevar hacia la formulación de una teoría de la forma urbana del barrio, de la cual se derivarían métodos de abordaje y técnicas de intervención que proporcionarían herramientas e instrumentos de acción sustentados en un cuerpo de conocimiento tan respetable y sólido como los de la forma urbana planificada. Actuar sin estos sustentos seguirá siendo un acto de fe, empírico y errático, y sus productos seguirán siendo probados a costa de la necesidad de muchos. Las formas necesarias deberán ser producto de la reflexión planteada, pero finamente tamizadas por la evaluación de lo actuado, con lo que una valoración crítica se impone.

Llevamos varias décadas actuando sobre nuestros barrios con una enorme multiplicidad de enfoques sectoriales y metodológicos. Lo que nos demuestran estas fotos es demasiado evidente como para seguir en la deriva experimental. Hasta hoy hemos logrado bien poco como sociedad para incidir significativamente en su devenir y en el de la ciudad como un todo. Sin el diseño certero de velas y timón que marquen un rumbo cierto para la urbe, seguiremos dirigiéndonos indefectiblemente hacia el quiebre definitivo de lo que alguna vez intentó ser una ciudad























